



*Predicación y contemplación*¹

Fray Albert Nolan, O.P.

La predicación contemplativa no es en modo alguno un fenómeno nuevo. Ha sido la manera de predicar de los profetas, los santos y los místicos a lo largo de los siglos. Y todavía hoy es la forma de predicar de todos los predicadores realmente buenos y auténticos. Ellos no la llamarían predicación «contemplativa». Éste es el adjetivo con que yo la defino. De hecho, es posible que muchos predicadores verdaderamente santos e influyentes ni siquiera califiquen su vida de oración como contemplativa.

Aún cuando, necesariamente, nos referiremos con frecuencia al predicador como aquel que está en pie ante los oyentes en una iglesia, la predicación contemplativa puede tener lugar de otras muchas formas. El profesor en el aula y el profesor en la sala de conferencias pueden dar a los oyentes los frutos de su contemplación. El autor y el periodista pueden hacer lo mismo. Los debates y diálogos en talleres y seminarios pueden ser ámbitos donde se experimenten los resultados de la oración contemplativa.

Ahora bien, un lugar especialmente privilegiado para esta clase de comunicación es la sesión de acompañamiento. El *contemplata aliis tradere* («dar a los demás lo contemplado los frutos de la contemplación») puede producirse muy eficazmente dentro del contexto de la orientación o dirección espiritual. Pero también puede producirse, de formas menos evidentes, cuando los padres dan consejos a sus hijos, los amigos comparten sus intuiciones, los líderes pronuncian discursos en público y se celebran encuentros en el lugar de trabajo. Contemplar y dar a otros los frutos de nuestra contemplación es algo que todos estamos llamados a hacer en cualquier parte y siempre que podamos -a tiempo y a destiempo-. Se cuenta que san Francisco de Asís dijo a sus frailes que predicaran en todo momento y que, si era necesario, usaran palabras.

Todos hemos aguantado a malos predicadores en nuestras iglesias, no sólo a los que dicen disparates, nunca preparan la homilía y predicán más o menos el mismo sermón todos los domingos, sino también a los que se limitan a criticar, condenar e imponer la ley. Por otro lado, hay un número creciente de predicadores cuyos sermones son informativos e interesantes, especialmente en su interpretación de la Escritura y de la enseñanza de la Iglesia.

La predicación contemplativa, sin embargo, hace algo más que esto, algo diferente. No se limita al lema *doctrina aliis tradere*, es decir, dar a otros la enseñanza de la Iglesia, sus doctrinas y dogmas. Tampoco es un mero *theologia aliis tradere*, esto es, transmitir a los demás la última teología o exégesis bíblica. *Contemplata aliis tradere* significa comunicar a otros lo que nosotros mismos hemos aprendido gracias a nuestra experiencia de fe y contemplación.

Vivimos en un mundo posmoderno. En general, la gente no busca ya doctrinas y dogmas o grandes sistemas de teología. La época de la Ilustración, con su total confianza en la lógica y la racionalidad, es cosa del pasado. La mayoría de las personas no creen ya que los seres humanos podrán superar finalmente los problemas del mundo, ni que el progreso sea inevitable. Eso fue la modernidad. La gente no cree hoy en la razón y en teorías universales, sino en la experiencia.

[...] La actitud mental posmoderna no es necesariamente un obstáculo para la predicación de la buena noticia de Jesucristo. De hecho, podría ser vista como una oportunidad sin precedentes. A menudo suscita en las personas un interés mayor por nuestra experiencia cristiana de espiritualidad, meditación, contemplación, oración, mística y paz interior.

No obstante, si la buena noticia es presentada como *doctrina o theologia*, no será escuchada. No porque las cosas *contemplata*, lo que hemos descubierto en nuestra contemplación, sean totalmente diferentes de la *doctrina* y la *theologia*, sino porque el mensaje se recibe de manera muy diferente cuando el predicador no es sólo un loro que repite las doctrinas y las leyes de la Iglesia, o la última teología expuesta en los libros, sino un varón o una mujer de oración que ha interiorizado la palabra de Dios y habla desde la experiencia y de un modo obviamente sincero.

La contemplación, hoy

Aunque originalmente se pensaba que la contemplación era la llamada dirigida a todos los cristianos, durante mucho tiempo los católicos la han visto como la vocación especial de unos pocos elegidos: monjes, monjas y ermitaños. Se pensaba que los demás estaban comprometidos en la vida activa. En algún trecho del camino, toda la tradición de la oración contemplativa se perdió o, al menos, se olvidó gravemente -incluso por parte de los monjes y las monjas-. Hoy hay un movimiento muy vigoroso en todo el cristianismo que busca el retorno a la tradición católica de contemplación y meditación. Y más importante aún es el hecho de que este movimiento ampliamente difundido incluye la recuperación de la tradición original según la cual la contemplación es para todos, y no sólo para unos pocos privilegiados. Un creciente número de laicos, así como religiosos y sacerdotes, meditan, practican la oración centrante y se dedican a la contemplación y la mística.

Este movimiento nuevo ha sido profundizado y desarrollado por los descubrimientos de la nueva cosmología y la espiritualidad emergente del movimiento ecológico. Contemplar la grandeza de Dios en las maravillas de un universo en expansión y evolución, en el que nosotros somos una parte minúscula, añade una nueva dimensión a la experiencia de asombro y temor reverencial..

Hoy, la contemplación es descrita casi siempre como una forma de conciencia o conocimiento. No consiste tanto en cambiar la realidad como en tomar conciencia de lo que está ya ahí. La contemplación es la experiencia de despertar a la realidad, es desarrollar un conocimiento creciente de lo que sucede a nuestro alrededor y dentro de nosotros y, sobre todo, es tener una conciencia más profunda de la presencia de Dios en todas las cosas.

Las personas plenamente conscientes son pocas. La mayoría están medio dormidas o viven en un mundo de mentiras y engaños. La contemplación es un intento consciente de disipar todas las ilusiones que tenemos sobre nosotros mismos, sobre los demás y sobre el mundo. Es una búsqueda de la verdad sobre nosotros, sobre los demás y sobre el universo del que somos parte, lo cual constituye, al mismo tiempo, una búsqueda de Dios. Bernard McGinn, el renombrado estudioso de la espiritualidad y la mística cristiana, define la mística como «la transformación de la conciencia a través de un encuentro directo con Dios».

Ser consciente es más que tener un conocimiento conceptual. Ser consciente de la presencia de Dios no es lo mismo que afirmar intelectualmente que Dios está en todas partes. Tampoco es simplemente una cuestión de sentimientos. Hemos aprendido a tomar conciencia de nuestros sentimientos y a aprender de ellos, pero la contemplación es más que esto. A veces se describe como un «no saber» o reconocer que no sabemos. Dios es el gran desconocido. Al final, tenemos que desprendernos de todo lo que pensábamos que sabíamos sobre Dios para entrar en contacto con el gran misterio, no a través de nuestros pensamientos o sentimientos, sino a través de una experiencia de asombro y temor reverencial sin palabras.

[....]

Los frutos de nuestra contemplación

Cuando decimos que predicamos nuestros *contemplata*, los frutos de nuestra contemplación, nos estamos refiriendo no sólo al contenido verbal de nuestra predicación, sino también al mensaje que comunicamos a través de nuestra personalidad y de lo que somos, por medio de nuestras actitudes e incluso de nuestro lenguaje corporal. Los frutos de la contemplación incluyen cualidades como la paz interior, la libertad y la valentía, el amor a los demás, la humildad auténtica, un espíritu de esperanza, gratitud y alegría, y un profundo sentido del misterio. Estos frutos de nuestra oración contemplativa caracterizan y configuran lo que yo llamo predicación contemplativa.

La lista siguiente no pretende ser exhaustiva, pero vamos a analizar con más detalle estas cualidades.

- Paz interior

Las personas, sean posmodernas o fundamentalistas, están hoy sedientas de paz interior. Entre quienes escuchan nuestra predicación se encuentran almas profundamente turbadas que anhelan un mensaje que les dé paz, una paz que el mundo no puede dar. Tales personas reconocerán rápidamente si el predicador es -o no- un varón o una mujer de profunda paz interior.

La paz interior es, entre otras cosas, el fruto de años de meditación silenciosa. Sometidos a todas las presiones y tensiones de la vida actual, nuestros corazones y nuestras cabezas llegan a estar atestados de pensamientos, planes, temores, resentimientos, deseos y conflictos. La práctica de la meditación silenciosa u oración centrante nos ayuda a calmar las tormentas de nuestro interior.

No obstante, se necesita algo más. Una persona llega a ser contemplativa cuando ha pasado mucho tiempo tratando de conocerse mejor a sí misma. A medida que, paulatinamente, llegamos a afrontar la verdad sobre nosotros mismos, descubrimos, entre otras cosas, que no somos libres. Estamos encadenados como esclavos a nuestras comodidades, nuestros estados de ánimo, nuestros miedos, nuestra reputación, nuestros logros y nuestros éxitos, nuestra salud, nuestro aspecto, nuestras devociones preferidas, nuestra cultura, nuestra tradición teológica y nuestros nombres para Dios. Éstos son nuestros apegos, nuestras cadenas. Decimos que los necesitamos y no podemos prescindir de ellos. No son necesariamente malos y no tenemos que renunciar forzosamente a ellos. Pero hemos de desprendernos de ellos si queremos llegar a tener paz interior.

El desprendimiento, según Eckhart, es más importante que el amor, porque sin desprendimiento no tenemos la libertad interior necesaria para amar a los demás. Juan de la Cruz lo llama vía purgativa, y es el itinerario que nos conduce, a través del largo proceso doloroso de «noches oscuras», por el camino hacia la libertad. Nuestros caminos pueden ser diferentes, pero el contemplativo sólo puede disfrutar de los frutos del desprendimiento y la libertad después de años de lucha en la oración.

Esta libertad interior es lo que hace que el predicador contemplativo sea tan audaz. Como ya no teme lo que la gente pueda pensar o decir, el predicador contemplativo es libre para decir la verdad cualesquiera que sean las consecuencias.

La valentía y la libertad interior son cualidades que asociamos con los profetas -las personas que, en todas las épocas, tienen la audacia suficiente para expresar su denuncia cuando todos los demás permanecen en silencio-. Por esa razón, la predicación contemplativa se hace profética cada vez que las circunstancias lo requieren.

En la medida en que tengamos libertad, valentía y paz interior, éstas brillarán a través de nuestra predicación. Hablarán más alto que nuestras palabras, al igual que lo hicieron de un modo tan magnífico en la predicación de Domingo, que fue descrito en una ocasión como «asombrosamente libre». ¿No fue ésta también una de las cualidades que hicieron que Jesús resultara tan atractivo para sus contemporáneos? Él no tuvo complejos, ni obsesiones ni compulsiones. Fue libre y valiente, y era de todo punto evidente que estaba en paz consigo mismo y con Dios.

Un público posmoderno apreciará sobremanera a un predicador que muestre que es libre y audaz, aún cuando los oyentes posmodernos no sean realmente libres y audaces.

- Amor a las personas

Se cuenta que el célebre dominico inglés Vincent McNabb dijo: «Si no amas a los demás, no les prediques. Predícate a ti mismo».

La oración contemplativa auténtica nos ayuda a superar nuestro egoísmo y egocentrismo haciéndonos cada vez más conscientes de la unidad de todas las cosas en Dios. Nuestros egos individualizados y separados son ilusiones. La verdad es que todos formamos una unidad; somos unos parte de otros, y parte del maravilloso universo en expansión que Dios sigue creando activamente.

Esta clase de conciencia contemplativa influye en nuestra predicación. Desde el principio sentimos una profunda simpatía y aprecio hacia las personas a quienes predicamos. Nos solidarizamos con ellas en sus luchas y su dolor. Somos capaces de perdonarlas de corazón mientras anhelamos ayudarlas a cambiar aquello que necesite ser cambiado.

En otras palabras, no empezamos odiándolas. No las maltratamos ni amenazamos. No nos limitamos a condenarlas y criticarlas. No nos mantenemos en pie como fariseos hipócritas que dan gracias a Dios por no ser como los pecadores. Las amamos y perdonamos como hizo Jesús.

Nuestros oyentes posmodernos reconocen y aprecian cuándo el amor a ellos es auténtico y espontáneo. No los engañamos ni descargamos sobre ellos nuestros sentimientos reprimidos. No tratamos de demostrarles lo cultos que somos y lo bien que podemos predicar. No buscamos elogios ni felicitaciones. No nos creemos el centro del universo. Cuidamos de ellos como cuidamos de nosotros mismos.

Desde esta posición de solicitud amorosa, el predicador es capaz de presentar, eficaz y vigorosamente, los desafíos del evangelio. Por muy exigentes y difíciles que tales desafíos puedan ser, escuchados y tomados en serio.

Nuestra oración contemplativa nos capacitará para ello, como capacitó a Domingo, Catalina y Eckhart, entre otros.

- Un espíritu lleno de esperanza

En cierto sentido, toda nuestra predicación debería ser una forma de dar razón de la esperanza que hay en nosotros (1P 3,15). Cuando no tenemos esperanza en nosotros, cuando hemos olvidado cómo confiar en Dios, y cuando el caos del mundo actual nos ha llevado a la desesperanza y el cinismo, entonces eso es lo que transmite nuestra predicación, aunque hablemos sobre la buena noticia y la esperanza en la resurrección.

No es bueno fingir que tenemos esperanza si no la tenemos. En este caso, lo único que podemos hacer es predicar desde el corazón sobre la lucha que estamos experimentando con nuestros sentimientos de desesperanza. Nuestros oyentes apreciarán nuestra honestidad, especialmente si después les infundimos ánimo a ellos y a nosotros para reemprender nuestra búsqueda de Dios en la oración.

La esperanza, como una actitud que impregna todo lo que decimos y hacemos, es uno de los frutos de la contemplación. Entre otras cosas, es el resultado de una vida que está imbuida de gratitud y agradecimiento a Dios. En la oración aprendemos a dar gracias a Dios por los innumerables dones de la vida, por la naturaleza, por el universo, por los demás, por la maravilla de la conciencia humana y por cada nuevo día. Al final, esta actitud positiva de agradecimiento profundo empieza a transformar nuestra conciencia y, poco a poco, llegamos a liberarnos de nuestro pesimismo y negatividad habituales.

[...]

- Un sentido del misterio

Todos los contemplativos tienen un profundo sentido del misterio: el misterio de-Dios, el misterio de la vida, los misterios de nuestra fe. La contemplación nos lleva a reconocer las graves limitaciones de todo conocimiento humano. Al final, descubrimos que no conocemos a Dios, y lo que pensábamos que conocíamos, de hecho, no acierta ni con mucho. Dios se vuelve totalmente misterioso, y nosotros pasamos por un proceso que se ha llamado «no saber». Es una ironía que esto nos lleve mucho más cerca de Dios. Pero ahora experimentamos la presencia de Dios en una nube o en la oscuridad - en el misterio-. Paulatinamente empezamos también a descubrir cuán misteriosos somos nosotros mismos y cuán misteriosa es toda la creación de Dios - sin mencionar a Jesús y lo que llamamos los misterios de nuestra fe-. Todo es misterio, pero esto no quiere decir que todo esté perdido. Significa que todo es una maravilla ante la cual nosotros sólo podemos sentir asombro y temor reverencial. Es posible que el asombro sea la forma más profunda de conciencia.

La predicación del contemplativo está impregnada de este vigoroso sentido del misterio y el asombro. ¡Qué diferentes serían nuestras homilías si presentaran la vida como un misterio del que se ha de disfrutar más que como una mera serie de problemas que se han de resolver!

Pero más importante es el hecho de que vivir en la presencia del misterio verdaderamente fascinante que llamamos Dios nos permite hablar sobre Dios de un modo más auténtico y desde el corazón. Hoy hay predicadores que evitan hablar sobre Dios. Ya no saben cómo hablar de Dios y, cuando lo hacen, resulta claro que Dios no es para ellos más que una idea abstracta. ¡Qué diferencia cuando el predicador habla de su propia experiencia de un misterio que ha contemplado en el asombro y la admiración durante muchos años!